

Pero ya no veo... entremos en el hotel...

¡Adios para siempre, inolvidable día! ¡Adios, deseos ya cumplidos! ¡Adios, esperanzas trocadas en recuerdos!... Adios...

Y tan cierto es que ya no se veía, que no puedo descifrar la última línea que escribí ó quise escribir á tientas en esa hoja de mi cartera de viaje.

V.

Otra vez Suiza.—*La Tete-Noire*.—Unas inglesas.—El Valle del Ródano.—El Monte San Bernardo.—Martigni.—Sobre los tontos.—Sion.—Brig.—Entreveo la Alemania.—Prisioneros de Castelfidardo.—Paso del Simplon.—El hospicio.—Los perros.—Aparición de Italia.

A la mañana siguiente, muy tempranito, salimos de Chamounix, ginetes en los mismos mulos que ya conocéis.

A eso de las diez, llegamos á la cabeza oriental del valle, y encontrando allí un sitio en que penetraba el sol por entre dos montañas, echamos pié á tierra; desliamos una merienda que nos habían preparado en el hotel la noche antes, y almorzamos como unos príncipes... sobre el duro y helado suelo.

Luego volvimos á montar, y emprendimos una subida tan áspera y peligrosa como la de la *Flechere*.—A las doce perdimos ya de vista el valle de Chamounix y la cadena del Mont-Blanc, encontrándonos engolfados en un laberinto de nieves y peñas que parecía no tener salida.

Tocamos al fin á la cumbre, señalada con una gran cruz, y entramos en un terreno quebrado y lleno de precipicios, en cuyo fondo se veían algunas cabañas y hasta pueblecillos de pastores...—pero pueblos y cabañas que solo tienen habitantes durante el verano, y que por consiguiente, estaban ya cerrados y desiertos.

Mas no continuaré adelante sin daros una ligera idea de estos que he llamado *pueblos*.

Las casas son de madera, y muchas veces no descansan en el mismo suelo, sino en unos altos zancos. De este modo los torrentes, que se las llevarían en otro caso, en tiempo de las grandes lluvias, pasan por debajo de ellas sin perjudicarlas.—Sobre los techos, que son de ramas, se ven enormes piedras, puestas allí á fin de que el viento no los arrebate; y aun así y todo, nosotros encontramos ya hechas pedazos algunas de estas miserables viviendas.

Segun avanzábamos, la senda y el paisaje eran cada vez mas atroces. A nuestra izquierda abría siempre un abismo su lóbrega boca; y allá, en una hondura que causaba vértigos, bramaba un rio misterioso que lleva el lúgubre nombre de *El Agua Negra*.

Así caminamos hasta descubrir una casita preciosa, de aspecto inglés, en cuyo frente se leía con grandes letras: *Hotel de la Cascada*.

Nuestra jornada habia mediado. Echamos pié á tierra, y mientras que los mulos tomaban un pienso, nos dirigimos en busca de la cascada que da nombre á aquel hotel.

La escursión era de media legua, y por un camino propio para águilas; pero el espectáculo valia la pena de tan áspera subida.

Un rio, *la Barberine*, procedente de una altísima montaña, se precipitaba de un solo salto sobre *El Agua Negra*. La violencia de la corriente era espantosa, y la altura de la cascada inmensa. El monte de granito, labrado incesantemente por las despeñadas aguas, se habia partido en dos, formando un hondo tajo en que hervían y rabiaban las blanquísimas espumas. El estruendo asordaba la comarca.

Nosotros nos hallábamos en un balcon de palo, osadamente construido en uno de los bordes de aquel abismo, y volado, por decirlo así, de tal manera, que podíamos tocar con la mano la recia columna de cristal que formaba el rio en medio del aire.—Era una situación conmovedora,—y realmenté el balcon se conmovia sin cesar, como si amenazase hundirse;—era, sí, una situación interesantísima; pero desgraciadamente, aquel balcon era obra del dueño del *Hotel de la Cascada*; estaba reconocido por un ingeniero y garantido de seguridad, y el asomarse á él costaba medio franco por persona.

De vuelta en el hotel (en donde nos dijeron que todos los ingleses tomaban allí una copa de *cognac*, para reparar las fuerzas que habian perdido al subir á la cascada, y que nosotros debíamos hacer lo mismo; pues hasta en la *Guía del viajero en Suiza* encontraríamos semejante prescripción), volvimos á montar en nuestros mulos (con los que yo empezaba á reconciliarme, hasta el punto de haber bautizado al mio con el nombre de *Anexionado*), y seguimos nuestro camino, departiendo amigablemente con los *guías*, que eran ya para nosotros un antiguo y grato conocimiento.

A un tiro de fusil del *Hotel de la Cascada*, pasamos el *Agua Negra* (que no lo era sino de nombre), por un puentecillo de mala muerte, en que, al decir de nuestros conductores, terminaba la Saboya, esto es, la Francia (antes la Italia), y principiaba el canton del *Valais*...

Volvíamos, pues, á entrar en Suiza.

Ningun hecho, ningun signo nos demostró al principio semejanté tránsito.

Un poco mas lejos encontramos las ruinas de una muralla en que hubo una puerta...

Allí hay ahora una casilla en que un viejo soldado suizo, de clásico aspecto, vestido con cierto *negligé* de guerra, y provisto de la indispensable pierna de palo, os pide con muy buenos modos el pasaporte; lo sella sin mirarlo; recibe una peseta ó cosa tal, y os saluda reverentemente...

Ya no podíamos dudar que habíamos pasado la frontera.

Un poco mas adelante empezamos á encontrar gente campesina, y *chatets* ó cabañas, cuyas chimeneas humeantes daban indicio de que no estaban desiertas.

El camino que seguíamos era una cornisa tallada en la roca. A nuestros

piés abriase un profundo barranco en que mujía despeñado el *Trient*, y do quiera que dirigiámos la vista percibíamos una pintoresca confusión de nieves, pinos, arroyos, cabras, pastores, peñas, puentecillos de madera, altísimas escaleras de mano para trepar á las chozas, y mil otros objetos adecuados á la afanosa vida de los habitantes de aquella naturaleza convulsa.

Y allí fue donde me esperaba una de las humillaciones mas grandes que he experimentado en toda mi vida.

Figuraos que Iriarte y yo, muy orgullosos con la arriesgada visita que acabábamos de hacer al *Mont-Blanc* en tan adelantada estación, y confiando en la opinión de nuestros guías, habíamos escrito el día anterior en el *Album de la Flechere* estas imprudentes palabras:

«Día 17 de octubre.

»Nosotros seremos los últimos viajeros que pongan su nombre en este libro en el presente año.»

Y hé aquí que, á poco de pasar la frontera suiza, nos cruzamos con tres viajeros que se dirigían á *Chamounix*, provistos de sus mulos, de sus guías y de sus bastones!

Para colmo de ignominia, estos viajeros eran dos jóvenes inglesas, de quince á veinte años, lindas como dos soles, elegantes y distinguidas hasta en los últimos perfiles de su *toilette*, y un apuesto joven, que frisaría en los veinte y cuatro, y que por la pinta parecía ser hermano de ellas.

Yo no pudiera describiros la gracia y la tranquilidad con que aquellas preciosísimas *lady*s caminaban sobre sus mulos, sin pensar en el abismo que flanqueaba la senda, sin grandes precauciones contra el mucho frío de aquella region, sin ostentar en su rostro, en su traje ni en su peinado las huellas del penoso viaje que venían haciendo, y sin otra servidumbre que los guías.

El camino era tan estrecho, que nos costó trabajo el dejarnos pasar mutuamente. Ellas no se dignaron saludarnos: hizolo el hermano por toda la familia: preguntó á nuestros guías en mal francés si el valle de *Chamounix* estaba transitable; respondiéronle estos afirmativamente, y ellos siguieron por su lado y nosotros por el nuestro.

¡Oh! si viérais qué bonitas eran aquellas inglesas... y cuán interesantes las hacía el lugar en que las hallamos!

¡Y qué vergüenza para nosotros!—Al día siguiente, aquellas intrépidas amazonas subirían á la *Flechere* y leerían en el *Album* nuestra impertinente fanfarronada!... ¡Solo Dios sabe lo que escribirían en seguida!—Yo, por mi parte, daría cualquier cosa por leerlo.

Muy preocupados íbamos con esta idea, cuando vino á distraernos uno de los cuadros mas grandiosos que debíamos admirar en los Alpes.

Estábamos en la *Tele-Noire*,—en español, la *Cabeza Negra*.

Llámase así un altísimo monte cubierto de nieve y hielo por la base, y de oscuros pinos por la cumbre,—singular anomalía, que le da un aspecto aterrador.

Hay un punto llamado *Roche Percée* (Roca Agujereada),—especie de túnel que perfora la montaña por su pié,—pasado el cual, la naturaleza llega á tal grado de hermosura, de atrocidad, de poderío, que el viajero espantado cree contemplar las ruinas de un mundo ó el embrión informe de la creación. En cuanto alcanza la vista, solo se perciben selvas y sombras, rocas inmensas festoneadas de abetos, despeñaderos profundos cortados á pico, moles desgajadas de sus cimientos, amenazando cegar los abismos; abismos cuyo fondo no se distingue, pero donde se oyen lamentos desesperados de torrentes que luchan como titanes para abrirse camino entre las peñas; cataratas que rugen en las tinieblas; montañas hechas pedazos, cuyos escombros, estratificados caprichosamente sobre aquella ancha grieta de la tierra, forman inaccesibles grutas tapizadas de musgo y flores y adornadas de transparentes carámbanos; un río, en fin, un misterioso río,—el *Trient*,—Hércules potente, que trabaja y remueve todas aquellas masas ciclópeas, empujándolas, arrastrándolas, hundiéndolas, mojándolas con su sudor, y haciéndolas temblar y bambolearse al solo impulso de su anheloso aliento, cuyo estertor salvaje llena de palpitaciones la comarca.

Y todo esto, matizado de los mas vivos colores; alternando el verde de los árboles con el blanco de los hielos; contrastando el amarillo y rojo de las piedras abiertas por el corazón con la negra sombra de los recónditos abismos en que el sol no penetra nunca; resaltando las tintas violadas del granito húmedo sobre el pálido vislumbre del líquen agostado...—Y á veces, en el hueco de un risco, una cama de violetas aromosas que se han hecho allí un mundo y una primavera aparte...—Y en medio de todo, algunas losas funerales, en que se ve escrito el epitafio del *guía* ó del viajero que pereció en aquellos sitios al quererle robar sus secretos al hondo tajo de la *Cabeza Negra*!...

Tal es aquel horrible desfiladero, cuya aterradora magestad no olvidará en toda su vida quien haya tenido la fortuna de admirarla.—Tal es el acceso de los Alpes por sus flancos menos defendidos.—Tales son las condiciones de esa gigante cordillera, que sirve de alcázar á las nieves, de donde nacen para estenderse por Europa, ríos tan ilustres como el Rhin, el Pó, el Ródano y el Danubio.

Dos horas empleamos en salir de aquel laberinto formidable. Al cabo de ellas, despejóse el terreno, *humanizóse* el camino, y empezamos á encontrar aldeas habitables en todas las estaciones, y gentes que vivían en sociedad.

Poco despues, y al llegar á la cumbre de una colina, apareció á nuestros ojos un anchísimo horizonte y luego un estenso valle cruzado por un río y sembrado de pueblos y de praderas.

Era el *Valle del Ródano*.

Al ver aquella grande estension de terreno, aquella apacible llanura, aquellas poblaciones, aquel sosegado río, aquel dilatado cielo, respiramos con ansia como si acabáramos de salir de una prision.

Y sin embargo, aquello no era todavía la libertad. Gigantescas montañas cerraban por todos lados aquel país: el valle era pantanoso, el cielo descolorido, el aire húmedo y poco trasparente...

Aun no habíamos salido de la patria de los hielos y las brumas. Aun nos faltaban dos jornadas para descubrir la tierra favorita del sol, el amoroso cielo de Italia. Aún se estendían los Alpes á nuestra izquierda como una muralla levantada entre el melancólico Norte y el ardiente y gozoso Mediodía.

En esto principió á anochecer; y nosotros, rendidos de cansancio, pero mucho mas incomodados por el frio, emprendimos á pié el descenso á *Martigni*, término de nuestra jornada, y primer pueblo de la llanura.

La bajada era tan pendiente como lo habia sido la subida; pero á mí me la hizo llevadera el constante pensamiento de que me encontraba al pié del *Gran San Bernardo* y de que aquellas nieves que veía sobre mi cabeza, teñidas de oro y rosa por el agonizante crepúsculo, eran las mismas con que yo habia soñado cuando niño, al leer la *Historia de Napoleon*, ó al ver en el teatro de mi pueblo la comedia de gran espectáculo, titulada: *Los perros del Monte San Bernardo*.

Napoleon pasó el *San Bernardo* en mayo de 1800 con los treinta mil hombres que vencieron en Marengo y en otros cien combates. Entonces apenas habia camino por esta parte de los montes, y la osadía del gran capitán llenó de asombro al mundo.—Hoy es ya la empresa mucho mas fácil; pues desde mayo hasta setiembre se atraviesa en coche la cumbre del San Bernardo.

En cuanto á mí, venia ya de hacer ascensiones muy mas penosas y arriesgadas que las de este tan famoso monte, y aun me esperaba la del *Simplon*, que al decir de muchos viajeros, las supera á todas en grandeza y hermosura.—Sin embargo, tienen tal influencia en nuestra vida las primeras impresiones de la infancia, que el *San Bernardo* me inspiraba mas respeto y miedo que la misma cadena del *Mont-Blanc*.

Ya era muy de noche cuando entramos en *Martigni*.

El pito del camino de hierro que pasa por esta ciudad y que recorre casi todo el valle del Ródano, resonó en nuestros oídos como una regalada música...

¡Considerad que llevábamos dos dias de viaje en mulo!

Martigni, silla episcopal del *Valais*, no encierra nada de particular, fuera de sus renombrados *cretinos*.

Los *cretinos* (á quienes ya hemos aludido una vez al hablar del *goitre* ó papera que tanto abunda en Saboya) son unos desventurados hijos de Dios, afectados de una doble enfermedad moral y material, endémica de este canton suizo y de algunos otros húmedos y profundos valles de Europa.

Yo no podré decir qué es mas deforme en los *cretinos*, si el alma ó el cuerpo. Su *idiotismo* raya en embrutecimiento, en estupidez: apenas hablan algunas palabras incoherentes: de sus cinco sentidos solo la vista goza de completa percepción: andan vacilante y penosamente como si estuviesen catalepticos ó dominados por la embriaguez: cuando cambia el tiempo, sufren horribles convulsiones y dolores de huesos que les ponen á las puertas de la muerte, y su única, perpétua y delirante afición es un desenfrenado apetito sensual.

La monstruosa figura de estos desgraciados se sujeta á dos tipos diferentes,

pero á cual mas repugnantes.—Unos son de pequeña estatura, cabeza ancha y mal configurada, piernas estevadas y muy cortas, quebrada cintura y escásimo cuello.—Otros son extraordinariamente altos y endebles, muy zambos, con el cráneo estrechísimo, crecido y delgado el cuello, los brazos largos y la cabeza caída hácia adelante.—Unos y otros tienen de comun una carne muerta, fofa, de color terroso y surcada de arrugas que se cruzan en todas direcciones; una boca entreabierta de la que fluyen asquerosas babas; unos ojos pequeños, hundidos, llenos de imbecilidad y de lujuria; los dientes afilados, las barbas ralas y enfermizas, brotando en inconexos mechones; una enorme papera, la nariz aplastada, la raíz del pelo próxima á las cejas, y un prematuro sello de senectud en toda la fisonomía.

Añadid á estos hombres el traje habitual de los paisanos del *Valais* (un ancho pantalon de pana, una casaquilla corta, un chaleco de paño encarnado, una gran corbata ó pañuelo de vivisimos colores y una ridícula cachucha), y decidme si concebis nada mas horrible, mas grotesco, mas estrambótico, mas descomunal!

Viendo á aquellas espantosas criaturas, se comprenden todos los cuentos de trasgos, gnomos, duendes y *martinicos* de la mitología de las viejas...—A mí me daban miedo.

Para concluir, diremos, que el *cretinismo* se atribuye por unos á exceso de greda en la composicion del terreno; por otros, á falta de *iodo*, y por la generalidad, á crudeza de las aguas.—Ello es que esta enfermedad, ó lo que sea, despues de haber afligido el *Valais* desde una época inmemorial, y á veces hereditariamente, ha empezado á extinguirse de algun tiempo á esta parte, á tal punto, que apenas se encuentra ya en él un *cretino* menor de veinte años.—Los médicos se espican este fenómeno por el mayor aseo y aumento de comodidades y recursos que la civilizacion ha introducido en la comarca.

Aquella noche dormimos en *Martigni*, y á la mañana siguiente salimos con el primer tren para *Sion*, á donde llegamos en menos de una hora.

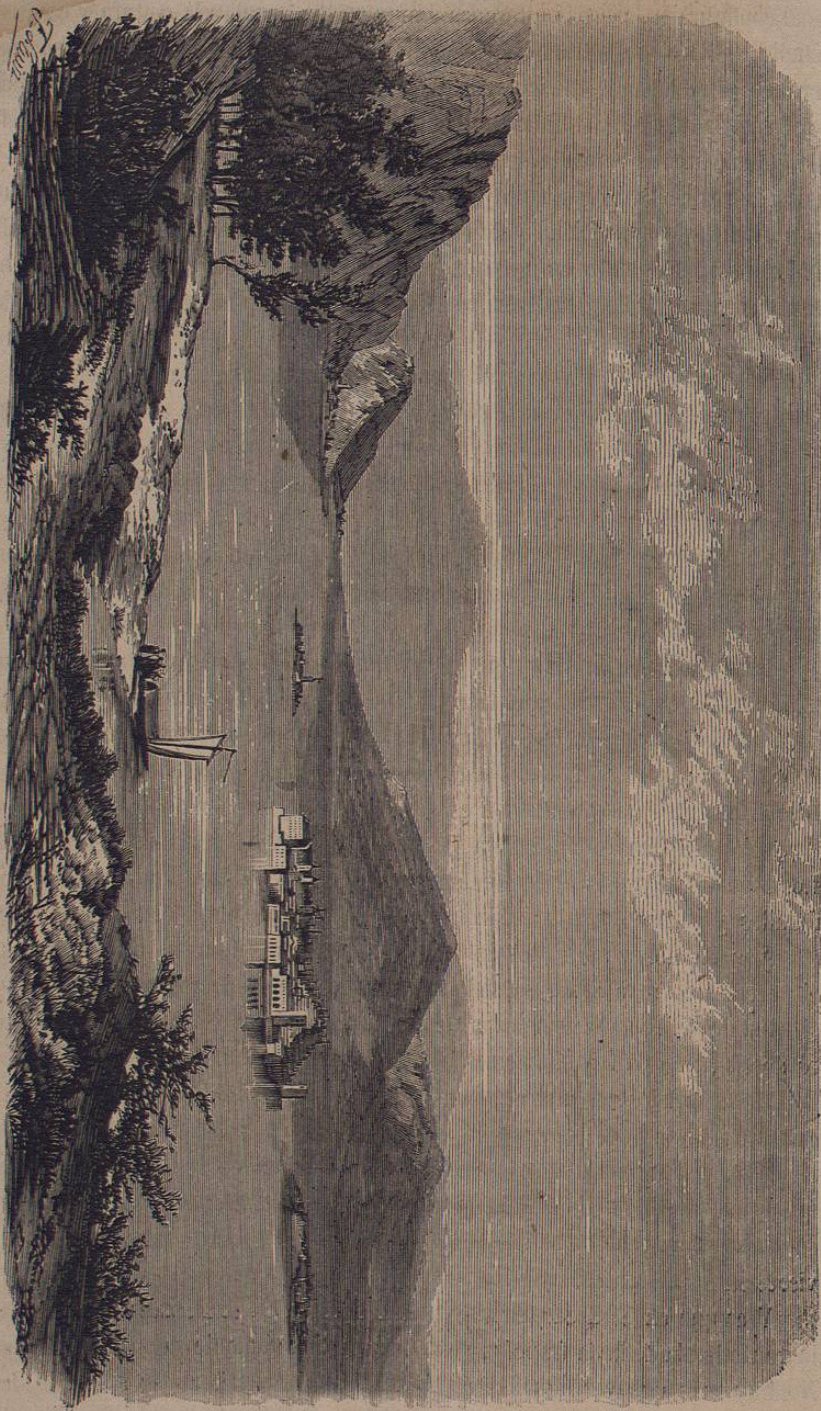
Esta *Sion* no es la de *Tierra Santa*, ni tampoco la *Sion Eterna* (que á todos os deseo), sino pura y simplemente la cabeza del canton del *Valais*.

Vista de lejos, es una graciosa ciudad. Corónanla dos venerables castillos, que dominan todo el *Valle del Ródano*, del cual es *Sion* altiva soberana.

Vista por dentro, llama aun mas la atencion del viajero á causa del silencio que reina en ella, de la triste severidad de los edificios, del reposo en que viven sus habitantes, y de no sé qué aire solemne, contemplativo, filosófico, que se advierte en todas las cosas.

Y es que en *Sion* empieza verdaderamente la Suiza alemana. La mayoría de la gente habla todavía francés, pero la raza tiene mas de sajona que de latina. No hay mas que ver aquellas caras tranquilas, aquel andar sosegado de los transeuntes, y aquel *fumar* y *pensar* de los bebedores, agrupados silenciosamente en torno de un océano de cerveza y envueltos en una atmósfera de humo.

La ciudad no encerrará arriba de tres mil almas, y nosotros la recorrimos



El lago Mayor.

varias veces en todos sentidos, buscando un carruaje que nos condujese á *Brig*, en donde pensábamos hacer noche.

Eran las diez de la mañana, de una hermosa mañana rica de sol, y en cuantas calles penetramos,—casi todas desiertas,—oímos resonar mas de un piano al través de las celosías de los balcones.

No sé por qué, aquella música matutina me hizo envidiar la vida de los habitantes de *Sion*, y suspirar por una paz y una dicha de que acaso carecen también ellos...

Sunt lacrimæ rerum, ó son melancolías de caminante, que no necesitan esplicacion.

A eso de las doce salimos para *Brig* en una carretela descubierta, mas adecuada á un paseo que á un viaje.—Bien es verdad que el camino era escelente.

Pasamos por *Sierre*, pequeña ciudad, mas alemana aun que *Sion*, y asiento de la nobleza del *Alto Valais*.

También allí se oían acordes de piano en todas las calles que recorrimos...

¡Ah! ¡las alemanas!—Si las alemanas son efectivamente como yo me las figuro, ó como me la han hecho adivinar los libros y los viajeros, es una verdadera desgracia para mí el no haber estado nunca en Alemania.

Formando en la imaginacion novelas sobre este tema, tomamos en *Sierre* un vaso de cerveza, oímos tocar un *vals de Straus* á la vecina (ó al vecino) que vivía en frente de la casa de postas, y proseguimos nuestro viaje, lamentando yo con todas las fuerzas de mi alma no vivir y morir en aquella ciudad,—como pocas horas antes habia lamentado no habitar en *Sion*, y como debia de lamentar todavía muchas veces no haber nacido en otros varios pueblos.

Verdaderamente, yo quisiera vivir á un mismo tiempo en todas partes.—Todo lo que no sea esto, no es vivir.

Después atravesamos una selva muy oscura, célebre por los muchos bandidos que ha albergado, y por el combate heróico que los suizos sostuvieron en ella, defendiendo su independencia nacional contra los ejércitos republicanos de Francia...

Al salir de aquella selva nos encontramos en *Finges*, pintoresco pueblecillo en que ya no se habla sino alemán.

Habíamos pasado la insegura y errante frontera de las dos lenguas que se dividen la Suiza.

También hacia algun tiempo que habíamos penetrado en tierra católica.

En *Finges* mudamos tiro y seguimos adelante.

El país que recorriamos era amenísimo. Las montañas aparecian cultivadas hasta una increíble altura, y en ellas, como en el valle, se notaba un gran movimiento agrícola, al que no eran estrañas las mujeres.

El traje de estas es allí muy semejante al de las judías de Tetuan en los dias de gala: saya de *medio paso*, quiero decir, estrechísima; el talle debajo del brazo, á la manera del primer imperio; una enorme corona parecida á una mitra oriental, y altas hombreras, formadas por la rizada manga de la camisa.

Estas mujeres, así vestidas, discurrían á veces por el campo en compañía de

un magnífico buey, que se había dejado cargar de yerba, de leña ó de legumbres, como el mas humilde jumento.

El cuadro que componian ambas rarezas no carecia de poético atractivo, de gracia, y hasta de ternura.—La mujer y el buey, nacidos para destinos mas altos que los que cumplian en aquel momento (ella para el hogar, y él para el arado ó para el carro), se inclinaban con resignacion ante la dura ley de su desdicha.—Aquella mansedumbre tenia su particular encanto.

A todo esto íbamos llegando al *Simplon*, cuya gigantesca masa nos cerraba el horizonte.

Empezaba á oscurecer.

Al pié del gran coloso se percibia un grupo de lucecillas...

Era *Brig*.

Pocos momentos despues, el camino empezó á ensanchar y á ofrecer un aspecto tal de solidez y de grandeza, que mas parecia un monumento que una obra de mera utilidad.

Era que entrábamos en la maravillosa carretera de universal renombre, concebida por Napoleon el Grande para poner á la Italia en fácil contacto con los paises del centro de Europa.

Dícese que la misma noche de la batalla de Marengo, Bonaparte, vencedor, recordó lo muy penoso que le había sido á su ejército pasar los Alpes por el San Bernardo, y le preguntó á los ingenieros:— ¿Cuándo será, señores; cuándo será que la artillería pase el *Simplon* en veinte y cuatro horas?

Seis años despues atravesaba los Alpes una carretera de treinta piés de anchura, construida sobre seiscientos once puentes y al través de una multitud de túneles y galerías...

Pero henos ya en *Brig*.—Mañana recorreremos todo ese camino de titanes.—Procurarémonos ahora alojamiento en que pasar la noche, y soñemos con que estamos á las puertas de Italia, de la que nos separa solamente una muralla de granito de diez leguas de espesor y siete mil piés de altura.

El mejor hotel que encontramos en *Brig* era muy malo; pero á mí me agradó sobremanera por tres diversas razones. Primera, porque á buen hambre no hay pan duro: segunda, por el carácter septentrional y alemanesco que todo tenia en él; y tercera, por una escena interesantísima que nos ofreció allí la casualidad.

Las diez de la noche serian cuando nosotros penetramos en el salon que servia de comedor.—Aquel salon era muy grande y negro, y estaba alumbrado casi todo por los reflejos de una enorme chimenea de forma antigua en que se quemaba dando chasquidos todo un pino de los Alpes.—El resto de la iluminación consistia en una sola vela colocada sobre la mesa redonda.—El techo y los ángulos del aposento desaparecian, pues, en las tinieblas.

Los muebles, por su parte, presentaban el mismo aspecto austero y hasta sombrío. Eran de nogal liso, grandes, oscuros, de anticuada forma. Las ahumadas paredes ostentaban alguna vista del *Simplon* ó de las batallas napo-

leónicas, y en la atmósfera se cernia una espesa nube de humo de tabaco.

Medio envueltos en esta nube y medio alumbrados por el fulgor rojizo de la chimenea, veíanse alrededor del fuego quince ó veinte hombres, todos armados de su correspondiente pipa, vestidos unos con destrozados uniformes militares, otros con la casaquilla del paisano suizo, y dos ó tres con sucios capotes, gorras de pieles y altas botas enlodadas, al modo de correos ó postillones.

Toda la gente civil prestaba suma atencion á uno de los soldados, que referia no sé qué cosa en aleman, mientras que sus compañeros parecian entregados á dolorosas meditaciones.

Nosotros nos sentamos á la mesa, dando la espalda al grupo, muertos de curiosidad por saber quiénes eran aquellos derrotados militares y conocer la historia que tanto interesaba á los paisanos.

Pronto vinieron á sacarnos de dudas algunos nombres propios de que estaba salpicada la relacion.

—*Castelfidardo... Pimodan... Lamoriciera... Cialdini...* decia á cada momento el soldado, en medio de otras muchas palabras que no comprendíamos.

Era claro como la luz del sol que aquel hombre contaba la reciente batalla de *Castelfidardo*, perdida por las tropas pontificias.

En esto penetraron en el comedor dos viajeros, cuyo aire nos hizo adivinar en seguida su patria.—Eran un inglés y un francés.

El inglés, hombre de unos cuarenta años, de cómica fisonomía... sumamente seria, alto como un varal, con el pantalon corto y la camisa deslumbrante de blancura, recién afeitado y muerto de frio, dirigió una tímida ojeada á la chimenea y la vió completamente ocupada; nos miró á todos de aquella manera filosófica que los ingleses miran á los demás animales; dió muestras de dolor al encontrar que todo el mundo fumaba; intentó irse; le temió al frio; calóse la gorra hasta los ojos; metióse las manos en los bolsillos de su levitilla de color de café con leche, y emprendió una especie de baile, que no paseo, alrededor de la habitacion, dando saltitos muy menudos con el fin de calentarse los piés...— ¡Estaba divino!

El francés, joven, elegante, de vulgar fisonomía, con apariencias de *commis-voyageur*, siguió el sistema contrario.—Llegóse á la chimenea; interrumpió la conversacion, diciendo:— ¡Ah! ¡Diablo! ¡Hace un frio!... Perdon, señores... No se incomoden ustedes... ¡Héme aquí! Ya estoy bien... Les suplico que no se molesten y que sigan como estaban...—Y hablando así, se metió en medio de los suizos, ocupó el mejor lugar, empezó á dar vueltas para calentarse por todos lados, y cuando ya entró en calor, dirigióse á uno de los soldados, como si le conociese de toda la vida, y le preguntó en francés:

—¿Qué uniforme *ha sido* ese, bravo militar? ¿A dónde se va? ¿De dónde se viene? ¡Mal tiempo empieza para la tropa! ¡Sapristi! ¡Yo me alegro de ser paisano!—El ejército francés está pasando muy malos ratos en Argel, no á causa del frio, sino del calor... En fin... Ustedes acaban por acostumbrarse... El hombre es como los maridos, que se acostumbran á todo!...